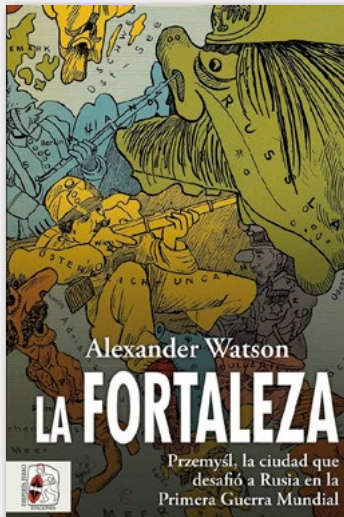


La ciudad que desafió a Rusia en la Primera Guerra Mundial

1914. Con Europa sumida en la Gran Guerra, solo una pequeña ciudad austrohúngara separaba a las Potencias Centrales de verse arrolladas por el poderoso Ejército ruso.

La fortaleza es la galardonada historia de una de las batallas más decisivas, aunque desconocida, de la Primera Guerra Mundial, así como un ominoso retrato del “año cero” de la espiral de violencia étnica que alcanzaría su fatídico clímax con el exterminio nazi, y de la voracidad del imperialismo ruso, que, un siglo más tarde, tiene directa continuación en la invasión de Ucrania de Putin.



La fortaleza

978-84-124964-6-8

352 páginas + 16 en color

15,5 x 23,5 cm

Rústica con solapas

P.V.P. 26,95 €

La invasión rusa de Ucrania, en la madrugada del 24 de febrero de 2022, trajo al mundo el inquietante recuerdo del estallido de la Gran Guerra de 1914. Al igual que cien años antes, el peligro inminente de una conflagración había estado a la vista de todos. En la ciudad polaca de Przemysl, situada justo al otro lado de la frontera ucraniana, los ecos de 1914 resonaron con una fuerza ensordecadora. Al comienzo de la Gran Guerra, cuando el ejército del zar Nicolás II marchó hacia el oeste y parecía a punto de invadir la Europa central, fue a Przemysl, una vetusta ciudad-fortaleza del Imperio austrohúngaro, adonde escaparon oleadas de refugiados en busca de un lugar seguro. Y fue Przemysl, ciudad multiétnica habitada por polacos, ucranianos y judíos, quien desafiaría el sueño zarista de crear una “Gran Rusia” hasta los Cárpatos. Allí se libraría una de las batallas decisivas de la Primera Guerra Mundial, un encarnizado y despiadado asedio que frenó en seco la feroz acometida rusa contra las Potencias Centrales que hubiera cambiado el sino de la guerra. Una desgarradora historia que, a pesar de su capital relevancia, permanece casi desconocida en Occidente. En *La fortaleza*, el multipremiado historiador Alexander Watson recrea de forma magistral un mundo de imperios desaparecidos, ejércitos quebrantados y comunidades amputadas que inexorablemente se precipitaba al abismo, heraldo de la furia nacionalista, extremista y antisemita que desgarraría Europa en las siguientes décadas. Una historia que tristemente reverbera en nuestro tiempo con la más rabiosa actualidad.

Ganador del Society for Military History's Distinguished Book Award 2021

**Finalista del Gilder Lehrman Prize for Military History
y del British Army Military Book of the Year Award**

Libro del año para *BBC History Magazine* y *Financial Times*



Alexander Watson es profesor de Historia en Goldsmiths, University of London. Especialista en los conflictos europeos de comienzos del siglo XX, especialmente en Europa central y oriental, ha profundizado en los aspectos sociales, culturales y militares de la “guerra total”, así como en la historia de la violencia, el surgimiento de las conciencias nacionales y las limpiezas étnicas previas al Holocausto. Es autor de *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary in World War I*, galardonado con los premios Wolfson de Historia y Guggenheim-Lehrman de Historia Militar, y *Enduring the Great War*, ganador del Premio Fraenkel.

En librerías el miércoles 1 de febrero. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO DE LA FORTALEZA

«Una obra maestra. Merece convertirse en un clásico de la historia militar».

Lawrence James, *The Times*

«Brillante investigación magistralmente escrita... Przemyśl fue un lúgubre prólogo de lo que vendría después: nacionalismo, antisemitismo y un torbellino de odio. Un libro descarnado pero magnífico».

BBC History Magazine

«Maravilloso... Watson emplea la ciudad fortaleza como ejemplo acerca de cómo la guerra distorsiona y transforma el mundo civil de preguerra. Este espléndido libro combina un gran poder evocador (con destellos de agudo humor) con la autoridad ética de la mejor narración histórica».

Christopher Clark, *The Guardian*

«*La fortaleza* nos sumerge en la tensa y claustrofóbica atmósfera de la línea del frente en unos meses cruciales de la guerra [...] El libro de Watson es un impresionante relato de una historia casi completamente desconocida que deja claro cuánto nos queda por aprender en relación con la Primera Guerra Mundial lejos del frente occidental».

Mark Mazower, *Financial Times*

«Soberbio, revelador, inquietante [...] recrea el sofocante y catastrófico asedio con un realismo aterrador [...] Es una historia excelente, una historia maravillosamente legible, aunque trágica, de su tiempo y de cómo se puede hacer que el reloj del progreso retroceda bajo condiciones extremas».

Julian Evans, *Daily Telegraph*

«Hay mucho más en este libro que el relato del asedio más largo de la Gran Guerra, aquel que detuvo el avance ruso y salvó a las Potencias Centrales de la derrota en 1914. Revela, como un microcosmos, todo lo que era loco, malo y peligroso acerca del Imperio austrohúngaro en sus etapas finales [...]. Es un libro enormemente placentero que cualquier persona que busque dar sentido al lado oscuro de la Europa del siglo XX haría bien en leer».

Adam Zamoyski, *Literary Review*

DOSIER DE PRENSA



SUMARIO

La fortaleza explicado por Alexander Watson



EN POCAS PALABRAS

Durante unos primeros y críticos meses de la Primera Guerra Mundial, **el destino de Europa central y oriental dependió de una ciudad-fortaleza**. La ciudad de Przemyśl, rodeada por un anillo de fuertes y hogar de 45 000 polacos, ucranianos y judíos, se encontraba en septiembre de 1914 en el punto álgido de un desastre militar. El ejército austrohúngaro había sido arrollado por una enorme fuerza de invasión rusa, y las tropas destrozadas, derrotadas, enfermas y fuera de control, inundaron la ciudad. Los rusos les seguían de cerca, decididos a sellar su victoria. El zar deseaba imponer su dominio en la región, en las actuales Ucrania occidental y Polonia, y subyugar a una población a la que consideraba “pequeños rusos”. Solo la fortaleza de Przemyśl le impedía el paso. Su guarnición estaba compuesta por hombres de mediana edad procedentes de todos los rincones de Europa central: austriacos, húngaros, rumanos, checos, italianos, polacos y ucranianos. Al servicio de un ejército famoso por su incompetencia, equipados con armamento obsoleto y apenas capaces de comunicarse entre sí, estos veteranos soldados entraron en una lucha desesperada por detener al ejército más poderoso del mundo.

Este libro narra la **dramática historia de los seis meses de asedio de Przemyśl**, desde el primer cerco a mediados de septiembre de 1914 hasta la caída de la fortaleza el 22 de marzo de 1915. La **primera “guerra total” del siglo XX** se desató en las colinas que rodeaban la ciudad. Cuando fracasaron los asaltos iniciales contra Przemyśl, los rusos recurrieron al hambre como arma de guerra y despiadadamente privaron de alimen-

tos a los ciudadanos y a sus 130 000 defensores. Los bombardeos aéreos aterrorizaron a la población. Las epidemias de cólera y tifus amenazaron la ciudad. Al sur, en las montañas de los Cárpatos, con temperaturas de hasta -22°C, el ejército austrohúngaro sufrió cerca de 700 000 bajas mientras trataba en vano de socorrer a la asediada Przemyśl. Los rusos no solo querían conquistar el territorio, sino que fuera de los muros de la fortaleza empezaron a ejecutar un plan radical y violento, de los primeros del siglo, para reconfigurar la población de la región. La nueva **“Gran Rusia”**, que llegaría hasta los Cárpatos, sustituiría el mosaico multiétnico de pueblos por una nación rusa étnicamente pura. Los polacos serían privados de sus derechos. Los ucranianos serían culturalmente extinguidos y convertidos en rusos. Lo más inquietante era que los judíos no tenían cabida para los dirigentes zaristas, rabiosamente antisemitas: se pusieron en marcha los preparativos para expropiar sus tierras y más de 100 000 judíos fueron expulsados por la fuerza hacia el este en la primavera y el verano de 1915.

El sitio de Przemyśl fue **una tragedia humana**, un mensaje que subyace en el fondo de este libro. Sin embargo, la importancia de la historia va más allá de los destinos individuales, o incluso de la influencia del asedio en el curso de la Primera Guerra Mundial; marcó el rumbo de los fuertes vientos de la historia del siglo XX. De manera significativa, Przemyśl apunta hacia los posteriores y mayores horrores que asolaron Europa central y oriental. Con sus crueles combates, el sufrimiento de la población civil y su inmenso simbolismo propagandístico como centro de resistencia, el asedio fue un precursor directo del posterior e infame cerco

de Stalingrado. Además, los planes rusos de **reorganización étnica** promulgados en los alrededores y, tras la caída de la fortaleza, dentro de Przemyśl en 1915 ofrecen un **precedente apenas conocido** de los proyectos raciales genocidas de los nazis precisamente en esta región entre 1941 y 1944. Hoy, cuando el continente europeo está de nuevo asolado por la guerra y Vladimir Putin trata de resucitar violentamente estas **centenarias ambiciones imperiales rusas en Ucrania**, la historia de cómo Europa y Rusia se enfrentaron en Przemyśl tiene una relevancia poderosa e inquietante.

UNA PERSPECTIVA AMPLIA

La Fortaleza comienza presentando Przemyśl y explicando la relevancia de su historia en la Primera Guerra Mundial y en el trágico desarrollo del siglo XX en Europa central y oriental. Se esboza la convulsa historia de la ciudad y su posición como encrucijada de culturas –en la frontera entre la cristiandad occidental y oriental–, junto con los factores estratégicos que impulsaron al Imperio austrohúngaro a elegir Przemyśl como emplazamiento de su principal fortaleza oriental en la década de 1870. Przemyśl estaba situada en el primer terreno elevado defendible antes de la frontera rusa, bloqueaba los accesos por los Cárpatos al sur de la Hungría de los Habsburgo y era también un importante centro neurálgico, que controlaba las conexiones ferroviarias de la región con el sur y su principal ruta de transporte este-oeste. La **Introducción** hace hincapié en el desastroso impacto que tuvo la Primera Guerra Mundial en la comunidad multiétnica de Przemyśl, en la región en general y en los hombres y mujeres atrapados en el asedio de 1914-1915. Se exploran los destinos de algunos de los individuos del libro, mostrando cómo la guerra destruyó sus apacibles vidas, arrastró a hombres y mujeres a orda-lías apenas imaginables y forjó un nuevo mundo inestable, brutal y lleno de odio.

El **capítulo 1** explica cómo Przemyśl se vio abo-cada a desempeñar un papel decisivo al principio de la

Primera Guerra Mundial. Se relata la experiencia de la ciudad en los primeros meses de las hostilidades: el bullicio de la movilización, los informes de las primeras vic-torias austrohúngaras y, a continuación, el asombro de los ciudadanos al darse cuenta de que la guerra iba mal a medida que llegaban a Przemyśl oleadas de refugiados procedentes de Lwów y de otros lugares más al este. A mediados de septiembre, el ejército austrohúngaro, ex-hausto, desmoralizado y al borde del colapso, se retiró de la ciudad. El capítulo aborda las causas del desastre militar austrohúngaro. Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor del Ejército, había formulado un plan de-fectuoso, entrenado mal a sus tropas y demostrado su incompetencia como comandante en el campo de batalla contra un enemigo ruso numéricamente superior y más experimentado. Tan dañada estaba la fuerza por sus pri-meras batallas que Conrad se vio obligado a ordenar una retirada general a los ríos Biała y Dunajec a 140 km al oeste de Przemyśl. En un esfuerzo desesperado por ga-nar tiempo y evitar el colapso total, se ordenó a la forta-leza de Przemyśl que “se mantuviera en pie y... resistiera a toda costa”.

El **capítulo 2** presenta a la variopinta guarnición de reservistas de mediana edad de Przemyśl; “gordos pasados de edad”, en palabras de uno de sus oficiales. De estos “héroes” dependía el destino del Imperio aus-trohúngaro en el otoño de 1914. El capítulo describe las obsoletas fortificaciones y armamento de Przemyśl –los fuertes eran demasiado débiles para resistir el fuego de la artillería moderna y un tercio de los caño-nes databan de 1861– y los frenéticos preparativos para preparar la fortaleza para la defensa. A medida que se acercaba el ejército ruso, el comandante de la plaza, Hermann Kusmanek von Burgneustädten, y sus tropas se volvieron paranoicos sobre la lealtad de la minoría local de habla ucraniana. Cientos de arrestos, ejecuciones y una masacre en el centro de la ciudad fueron las consecuencias. Los rusos completaron el



CORREO AÉREO. En enero de 1915, Przemyśl hizo historia al ser pionera del primer servicio de correo postal con aviones a motor. La capacidad de carga era muy limitada y la censura estricta, por lo que los soldados compartían tarjetas postales. Esta fue enviada por ocho hombres a la aldea de Petőháza, en Hungría occidental. En el reverso escribieron: «Queridas familias, esposas, padres, madres, familia, os informamos de que estamos vivos y con buena salud y que os deseamos que también gocéis de buena salud».



nición por repeler el ataque: una mezcla de horror, heroísmo y farsa. Las tropas enemigas alcanzaron los muros de la fortaleza, pero no pudieron entrar. La amarga resistencia de la fortaleza negó a los rusos su mejor oportunidad de obtener una victoria temprana en la guerra y frustró su esperanza de dominar Europa oriental.

En el **capítulo 4** se detallan los planes rusos de conquista y reorganización étnica, de modo que se explica lo mucho que estaba en juego en la campaña de Przemysl para la población de la ciudad y, en general, para toda Europa del Este. El zar Nicolás II anunció durante la guerra su ambición de crear “una Gran Rusia que se extienda hasta los Cárpatos”. Aunque la fortaleza de Przemysl constituía un obstáculo para estos planes, para los habitantes de la región situada al este –hoy Ucrania occidental– significaba la rusificación forzosa. Las élites zaristas afirmaban que los ucranianos eran “pequeños rusos”, una mera rama del pueblo ruso, cerraron las instituciones educativas y culturales ucranianas, persiguieron a la Iglesia greco-católica ucraniana y tomaron como rehenes a los intelectuales ucranianos. Los judíos sufrieron aún más. El ejército ruso dejó un reguero de pogromos en su camino hacia Przemysl. Gracias al tiempo ganado por la resistencia de la fortaleza, el ejército austrohúngaro descansó y restableció su disciplina, y regresó

cercó de la fortaleza el 23 de septiembre. Cuando Kusmanek rechazó la petición de rendición, se preparó el escenario para un formidable asalto ruso.

El **capítulo 3** describe la decisiva batalla de Przemysl, que tuvo lugar del 5 al 8 de octubre de 1915. El comandante del destacamento ruso en torno a Przemysl, el famoso general Alekséi Brusílov, comprendió la importancia de la ciudad-fortaleza para bloquear el camino a una invasión en Europa central. Reforzando el ejército sitiador con artillería pesada y tropas de élite, ordenó un asalto desde tres direcciones. El capítulo narra los intentos de Kusmanek y su aterrorizada guar-

brevemente a la ciudad en octubre. Sin embargo, en sus vanos esfuerzos por seguir avanzando para liberar los territorios ocupados, el ejército consumió gran parte de las reservas de alimentos de Przemysl. Cuando, a principios de noviembre, se produjo una segunda retirada y se reanudó el asedio ruso, esto resultó fatal para la supervivencia de la fortaleza.

El **capítulo 5** conduce a los lectores a través de los claustrofóbicos confines de una ciudad separada del mundo. 130 000 soldados, muchos de ellos enfermos o heridos, y unos 30 000 ciudadanos estaban atrapados en Przemysl. Sobrevivir bajo asedio exigía ingenio, ya que los materiales esenciales pronto esca-

searon. Para colmo de males, Przemyśl se convirtió en una de las primeras ciudades de la historia en sufrir bombardeos aéreos. La gente se obsesionó con saber cuándo terminaría el calvario, y los rumores corrían como la pólvora. La emisora de radio de la fortaleza era la única fuente de noticias en la ciudad, aunque un pionero servicio postal aéreo –el primero del mundo– permitía a los soldados enviar señales de vida a familias lejanas. La prostitución y el sexo ocasional florecieron, debido tanto a la desesperación de los civiles como a la sensación generalizada de estar viviendo el fin de los días. En diciembre, un repentino avance del Ejército de Campaña austrohúngaro provocó un gran entusiasmo y espoleó brevemente a la guarnición para romper el cerco. No obstante, el socorro nunca llegó y la esperanza en la fortaleza se marchitó.

Como se relata en el **capítulo 6**, la falta de alimentos definió los últimos meses de la fortaleza. Durante las primeras semanas de 1915, la guarnición subsistió únicamente sacrificando y comiéndose la mayoría de sus 21 000 caballos. Como se calculaba que las reservas de Przemyśl se agotarían en marzo, el jefe del Estado Mayor del Ejército austrohúngaro, Conrad, ordenó espeluznantes ofensivas de socorro a la desesperada a través de los Cárpatos. Cientos de miles de soldados murieron, todo en vano. Dentro de la fortaleza, la solidaridad se vino abajo. La tensión se disparó entre los oficiales que tenían sustento y los soldados

que no. El antisemitismo se desató en la ciudad, pues injustamente se culpaba a los comerciantes judíos de especular. La moral se hundió y, alentados por la propaganda rusa y sin inmutarse por las ejecuciones, los hambrientos soldados desertaban. A principios de marzo, uno de cada ocho miembros de la guarnición estaba hospitalizado, e incluso los soldados que aún defendían la ciudad estaban débiles y apáticos: un ejército zombi. La rendición era inminente.

El **capítulo 7** abarca el final apocalíptico de la fortaleza. Ante la inevitable capitulación, Conrad y Kusmanek tomaron medidas para proteger su reputación y forjar una leyenda heroica. En la noche del 19 de marzo, los demacrados y atormentados soldados de Przemyśl fueron enviados a la muerte en un último vano y cruel intento de romper el cerco dirigido, descabelladamente, hacia el este. Como era de esperar, la operación fue un sangriento fiasco. Tras ello, lo único que quedaba por hacer era destruir todo aquello que tuviera valor. Se quemaron documentos y se fusiló a los caballos supervivientes. La última noche antes de la rendición fue una cacofonía, ya que los cañones de la fortaleza dispararon durante horas toda su munición. Luego, en la madrugada del día 22, las explosiones sacudieron la ciudad y destruyeron el cinturón de fuertes, los almacenes de pólvora y, en el centro, sus puentes. La fortaleza estaba muerta. La guarnición capituló y el ejército ruso tomó posesión de Przemyśl.

ÉXODO. La población judía de Przemyśl se dispone a partir al exilio por orden de los militares rusos. Cerca de 17 000 hombres, mujeres y niños hebreos fueron expulsados de la ciudad y del distrito circundante. Obsérvese a los cosacos a caballo de la retaguardia, que vigilan a la muchedumbre. Finales de abril o primeros de mayo de 1915.



DOSIER DE PRENSA

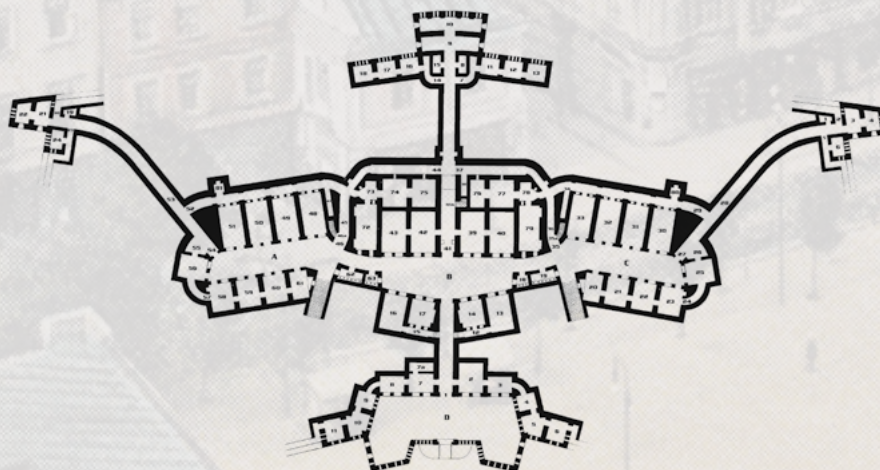


LAS CLAVES DEL LIBRO

El libro muestra cómo en el otoño de 1914, la fortaleza de Przemyśl y su guarnición de hombres de mediana edad procedentes de casi todos los rincones de Europa central desempeñaron **un papel decisivo para impedir el rápido colapso austrohúngaro**. Sin la firme resistencia de la fortaleza en un momento clave de crisis militar, **la Primera Guerra Mundial podría haber terminado en 1915** con Rusia dominando Europa central y oriental.

Para el autor el calvario de Przemyśl revela que el estallido de la Primera Guerra Mundial inmediatamente desencadenó en la Europa central y oriental una violencia radical que **culminaría en los horrores totalitarios** de la década de 1940. 1914 fue el **“año cero” de la tragedia europea del siglo XX**. La historia de Przemyśl expone continuidades hasta ahora ignoradas de la violencia, el antisemitismo, la limpieza étnica y la hambruna que devastaron Europa central y oriental en la primera mitad del siglo XX.

La obra ofrece una visión de la crisis actual: la invasión rusa de Ucrania. Al leer *La fortaleza*, uno se da cuenta de que la guerra de Vladímir Putin no es solo un legado de la disolución de la Unión Soviética, sino **una repetición del intento fallido del zar Nicolás II** en 1914-1915 de reclamar para Rusia todas las tierras habitadas por ucranianos. La insistencia de Putin en que los ucranianos no son más que una rama subordinada del pueblo ruso y la disposición de su ejército a limpiar a aquellos cuya existencia contradiga la visión de una “tierra primordial rusa” tienen **un claro precursor en las luchas en torno a Przemyśl en la Primera Guerra Mundial**.



DOSIER DE PRENSA



ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **Alexander Watson**, doctor en Historia por la University of Oxford y profesor de Historia en Goldsmiths, University of London. Ha escrito tres libros sobre la Primera Guerra Mundial: *Enduring the Great War* (2008), *Ring of Steel* (2014) y *La fortaleza*, que ahora publica con Desperta Ferro Ediciones. Sus libros han suscitado numerosos elogios de la crítica y por ellos ha sido galardonado con numerosos premios, como el U.S. Society for Military History's Distinguished Book Award (en dos ocasiones), el British Army Military Book of the Year Award, el Premio Fraenkel, el Premio Wolfson de Historia y el prestigioso Guggenheim-Lehrman Prize de Historia militar.

En primer lugar, no queremos abrir esta entrevista sin felicitarle por los muchos éxitos y galardones conseguidos en una carrera tan fulgurante dedicada, principalmente, a la Primera Guerra Mundial en Europa central y oriental y a la violencia que asoló la región en las primeras décadas del siglo. ¿Cómo surgió su interés por esta temática de la historia?

¡Muchas gracias, es muy amable! Me interesa la Primera Guerra Mundial desde que tengo uso de razón. Hay una vinculación familiar: mi bisabuelo se presentó como vo-

luntario al principio del conflicto y sirvió como soldado del Ejército británico en el Royal Army Medical Corps. Pero más allá de eso, fue el horror de la guerra lo que me cautivó. En especial, la lenta guerra de trincheras en el frente occidental me parecía tan sumamente horrible que siempre me pregunté cómo la gente de todos los bandos la había podido soportar durante más de cuatro años. Ese fue el tema de mi primer libro, *Enduring the Great War*.

Mi mujer, que es polaca, fue quien despertó mi interés por Europa central y oriental. Nos conocimos cuando ambos estudiábamos en Alemania. Yo quería aprender polaco por ella –un idioma hermoso, pero endiabladamente difícil– y me di cuenta de que solo lo lograría si empezaba a estudiar historia polaca y me iba

«El sitio de Przemyśl fue una campaña decisiva: sin el desafío de la fortaleza, el ejército austrohúngaro se habría derrumbado, Europa central se habría enfrentado a la invasión rusa y hoy hablaríamos de la Gran Guerra de 1914-1915».

DOSIER DE PRENSA



«Las ofensivas lanzadas para socorrer la fortaleza rivalizaron en puro horror con cualquier batalla en el frente occidental o, para el caso, con Stalingrado en la Segunda Guerra Mundial».

a vivir al país durante un tiempo. Aquello resultó ser una casualidad; amplió enormemente mis horizontes, descubriéndome nuevas ideas, temas de investigación y archivos poco utilizados de Europa central y oriental. Es esta perspectiva oriental la que hace que tanto mi segundo libro, *Ring of Steel*, como *La fortaleza*, sean tan inusuales y originales.

Mi visión sobre la Primera Guerra Mundial ha cambiado a lo largo de los 20 años que llevo investigándola. Al centrar mi trabajo en Europa central y oriental me impresionó mucho la escala, la destructividad y la tragedia del conflicto: su legado fue tan perverso y duradero... Para mí, la guerra fue un cataclismo que, como sostengo en *La fortaleza*, desencadenó décadas de odio y violencia, algunas de las cuales todavía vivimos hoy.

En *La fortaleza*, defiende que el asedio de Przemyśl fue una batalla determinante en los primeros combates de la Primera Guerra Mundial. ¿Por qué?

En el otoño de 1914, la fortaleza de Przemyśl se encontró –de forma del todo inesperada– justo en el camino de un enorme contingente invasor ruso. Los primeros meses de la guerra fueron extremadamente peligrosos para las Potencias Centrales: Alemania y Austria-Hungría. La mayoría de las fuerzas alemanas estaban destinadas en el frente occidental para luchar contra franceses, belgas y británicos. El Ejército austrohúngaro, mucho más débil, era por tanto el principal enemigo de los rusos en el frente oriental.

El Ejército ruso era el mayor del mundo y, a diferencia de sus enemigos, estaba curtido en batalla. Los historiadores a menudo lo infravaloran porque en el norte del frente oriental una parte de él fue derrotado en la batalla de Tannenberg por una fuerza alemana inferior en número, pero muy hábilmente dirigida. Sin embargo, más al sur, en lo que hoy es Ucrania occidental, los rusos obtuvieron grandes victorias al comienzo de la guerra, aplastando al Ejército austrohúngaro, más modesto e ineptamente comandado. A mediados de septiembre de 1914, menos de mes y medio después del estallido de la guerra, los austrohúngaros habían perdido un tercio de sus efectivos y se encontraban en desorden y retirada general. El avance ruso hacia Europa central parecía inminente.

En este contexto fue cuando la fortaleza de Przemyśl adquirió de repente su importancia. El alto

mando austriaco no esperaba que esta fortaleza desempeñara un papel relevante en la guerra. Sus defensas estaban obsoletas y su guarnición se componía principalmente de reservistas de mediana edad mal equipados.

Sin embargo, aquel desastroso otoño la fortaleza representó la última esperanza de supervivencia para el Imperio austrohúngaro. Al retrasar a los rusos, proporcionó al maltrecho ejército de campaña el respiro que tan desesperadamente necesitaba, permitiéndole recomponer sus filas, restaurar la disciplina y volver a la batalla. Así pues, el sitio de Przemyśl fue una campaña decisiva: sin el desafío de la fortaleza, el ejército austrohúngaro se habría derrumbado, Europa central se habría enfrentado a la invasión rusa y hoy probablemente hablaríamos de la Gran Guerra de 1914-1915.

¿Cuáles son las razones por las que, a pesar de su importancia, es un acontecimiento prácticamente desconocido para nosotros si lo comparamos con cualquier batalla del frente occidental, en general mucho menos decisivos?

Esa es una pregunta complicada. En mi opinión, hay varias razones que explican por qué el sitio de Przemyśl ha caído en el olvido durante tanto tiempo. La primera es, sencillamente, que el Imperio austrohúngaro no sobrevivió a la Primera Guerra Mundial. Los Estados-nación que surgieron después –Polonia, Checoslovaquia y otros– no tenían ningún interés en conmemorar las batallas del antiguo imperio. Que tantos de sus compatriotas habían combatido y fallecido por el imperio era, de hecho, una verdad muy incómoda. En vez de eso, el relato que contaban estos estados sobre la Primera Guerra Mundial era el de la lucha por su independencia.

Otra de las razones de la amnesia es que, en Europa central y oriental, la memoria de la Primera Gran Guerra quedó subsumida y solapada por los horrores aún mayores de la Segunda Guerra Mundial. Además, el genocidio y la limpieza étnica generalizada que sufrió la región desgarraron la memoria incluso a nivel local y familiar. Przemyśl, por ejemplo, perdió a su numerosa población judía y ucraniana a causa del asesinato y la deportación en la década de 1940, y entre sus ciudadanos hay hoy descendientes de familias polacas expulsadas tras la Segunda Guerra Mundial de tierras más al este.

«No creo que sea posible comprender completamente el Holocausto de 1941-1945 sin saber que Europa del Este ya había padecido en 1914-1915 violencia a gran escala contra los judíos. Esto falta en tantos libros de historia... pero es increíblemente importante»

Tampoco ha ayudado que las dictaduras comunistas que dominaron Europa del Este durante la segunda mitad del siglo XX no vieran ningún valor ideológico en el estudio de la Primera Guerra Mundial y que los archivos no se abrieran a los investigadores occidentales hasta después de 1989. Todo ello ha propiciado que las grandes luchas en el frente oriental entre 1914 y 1918, incluido el sitio de Przemysł, hayan caído en el olvido hasta ahora. Esto ha sido muy perjudicial, sobre todo porque ha hecho que las historias occidentales tiendan a restar importancia vital a Europa central y oriental y, por tanto, a malinterpretar toda la Primera Guerra Mundial.

Sabemos que las condiciones de vida de los soldados durante la Primera Guerra Mundial fueron especialmente duras ¿Cómo fue la vida tanto de civiles como de combatientes de ambos bandos en el asedio de Przemysł, especialmente durante el inclemente invierno de 1914-1915?

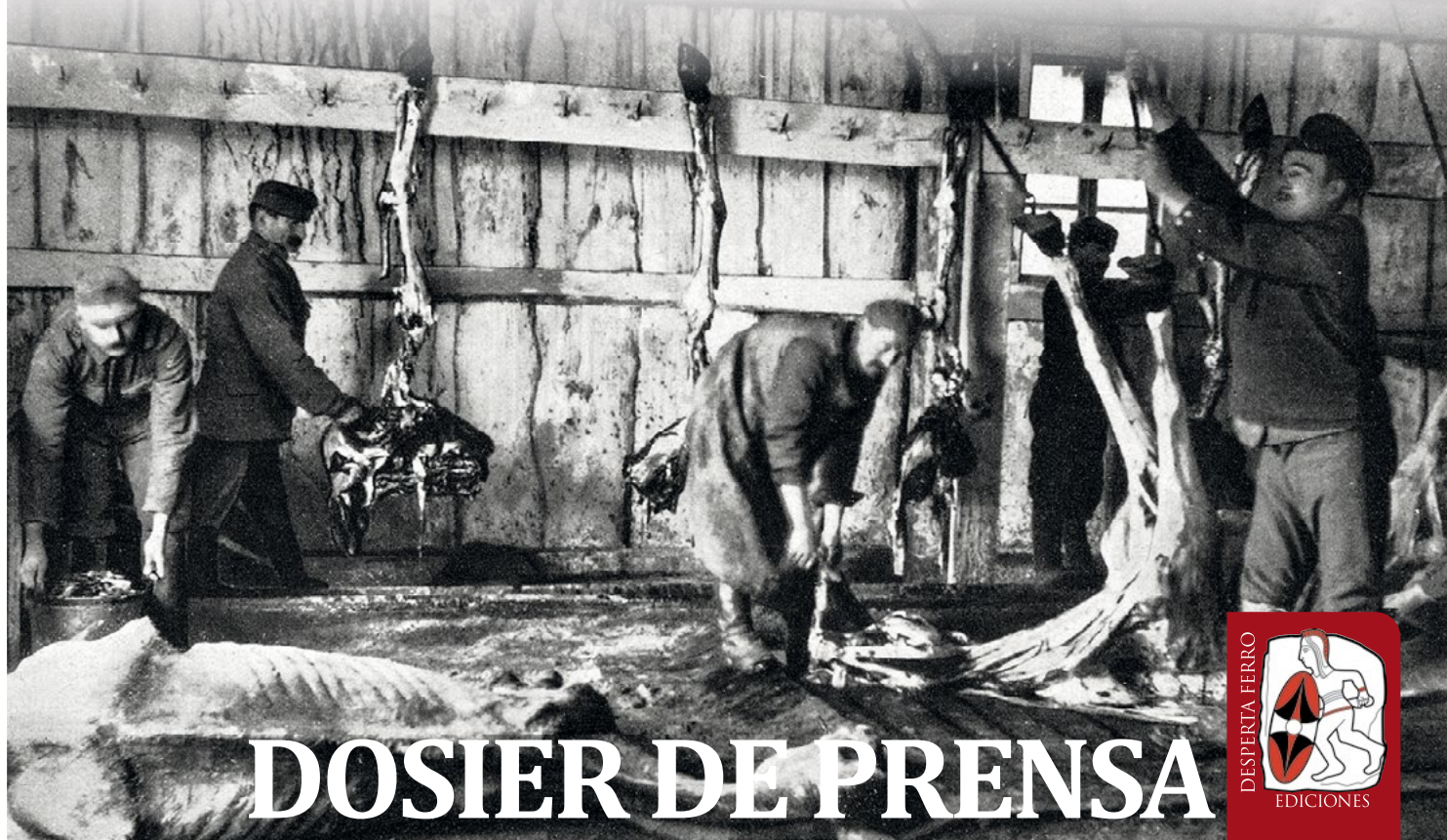
La mejor respuesta que puedo dar a eso es: ¡lea el libro! En él dedico muchas páginas a la vida cotidiana durante el asedio, así como a los combates. Una de las razones por las que me atrajo este tema fueron las fuentes, increíblemente vívidas. Hay maravillosas memorias de soldados y civiles que aún sobreviven, que ofrecen todo tipo de información sobre la vida en asedio, desde el sabor de la carne de caballo hasta el precio del sexo. También pude recurrir a periódicos y registros militares. Quizás el conjunto de fuentes más emocionante que encontré fue un fajo de documentos

escondidos por un oficial húngaro debajo de las tablas del piso de su apartamento al final del asedio, que fueron descubiertos durante una reforma en la década de 1960. Entre estos documentos se encuentran unos singulares “periódicos de trinchera” llenos de historias y chistes escritos por la guarnición. Nunca he visto nada igual del Ejército austrohúngaro; logran ser a la vez extremadamente divertidos y muy, muy tristes.

Lo que ha sorprendido a algunos lectores es cuán brutal y despiadada fue la experiencia diaria del asedio de seis meses de Przemysł, durante el que cual se dieron condiciones que generalmente se asocian con la Segunda Guerra Mundial. Al comienzo de la campaña, las enfermedades epidémicas barrieron los ejércitos. Los rusos utilizaron el hambre como estrategia militar contra los civiles y soldados atrapados en Przemysł. La ciudad también fue objetivo de los primeros bombardeos aéreos. Las minorías judía y ucraniana fueron objeto de hostigamiento, asesinato y limpieza. Por supuesto, también hubo combates crueles y sangrientos. Las ofensivas lanzadas para socorrer la fortaleza a través de los Cárpatos, con temperaturas que se desplomaron hasta los -22°C, costaron a los austriacos unos 670 000 hombres y rivalizaron en puro horror con cualquier batalla en el frente occidental o, para el caso, con Stalingrado en la Segunda Guerra Mundial.

Más allá de narrar un episodio clave de la Primera Guerra Mundial, *La fortaleza* plantea un minucioso acercamiento a la complejidad de la Europa del Este austro-húngara de la época a través de

Matadero de caballos. Aunque ciudadanos y tropa encaraban inmensas penurias, durante el sitio de Przemysł era inmensamente más peligroso ser un equino que un humano. De los 21 000 caballos presentes en la fortaleza al inicio del asedio, 17 000 fueron devorados por la guarnición y casi todos los demás fueron sacrificados antes de la capitulación de la fortaleza.



DOSIER DE PRENSA



Przemyśl, una ciudad habitada por polacos, ucranianos, judíos, con una guarnición integrada por tropas alemanas de Austria occidental, húngaras, polaco-ucranianas...

¡Sin olvidar también a los checos, eslovacos, rumanos, algunos serbios de territorios de los Habsburgo e incluso algún que otro soldado esloveno! El Imperio austrohúngaro era un lugar extraordinariamente diverso.

Hombres de la mayoría de los pueblos de Europa central estaban estacionados en la fortaleza, defendiendo Przemyśl y luchando para detener la invasión rusa en 1914-1915.

Y por supuesto, un acercamiento a la particular idiosincrasia del imperialismo ruso, cuyos objetivos trascendían los meramente estratégicos de la Gran Guerra.

En efecto. Muy ominosamente...

Un imperialismo ruso del que, un siglo más tarde, podemos trazar paralelismos y nos puede ayudar a entender las razones de fondo de la invasión de Ucrania de 2022, que a punto está de cumplir un año.

Sí. Me horroriza la continuidad manifiesta entre las acciones de la Rusia imperial de hace un siglo y la presente invasión de Ucrania por parte de Vladímir Putin. En 1914, las élites imperiales rusas hablaron de crear una "Gran Rusia hasta los Cárpatos" y apoderarse de una supuesta "tierra rusa primordial" alrededor y al este de Przemyśl, tierra que en 1914 se conocía como Galitzia oriental, y que hoy en día es principalmente el oeste de Ucrania. Es muy revelador que Putin y los medios estatales rusos utilicen hoy día un lenguaje muy similar: la ideología detrás de la invasión actual de Ucrania proviene directamente de finales del siglo XIX y también motivó los objetivos de guerra rusos en 1914: un credo ruso ultranacionalista que insiste en que Ucrania no es un país "real" y que los ucranianos son simplemente una rama subordinada del pueblo ruso, destinados a ser unidos y gobernados por Rusia.

Eso no era cierto en 1914 y no es cierto hoy, pero tanto el ejército del zar como el de Putin estaban y están preparados para usar la violencia extrema para hacer que los hechos sobre el terreno se ajusten a esta visión ideológica. En la Primera Guerra Mundial, los judíos fueron especialmente señalados como elementos extraños no deseados en esta "tierra rusa primordial", y se perpetraron atrocidades letales (la más sangrienta fue

«No lo preví cuando escribí *La fortaleza*, pero de lo que estamos siendo testigos hoy en Ucrania es una repetición del intento fallido del zar en 1914-1915 de reclamar todas las tierras ucranias para Rusia. La misma ideología, la misma violencia... esta es una asignatura pendiente de la Primera Guerra Mundial».

en Lwów), al igual que en la guerra actual las personas que rechazan la identidad rusa y cuya presencia contradicen las afirmaciones de Putin han sido asesinadas en masa en Bucha, Izyum y muchos otros lugares. Los brutales esfuerzos del Ejército ruso moderno para eliminar cualquier signo de nacionalismo ucraniano simplemente repiten las acciones del Ejército imperial en el este de Galitzia en 1914 y 1915. Entonces, como ahora, los intelectuales nacionalistas ucranianos

fueron purgados y las instituciones culturales ucranianas fueron destruidas deliberadamente. Se hizo especial hincapié en enseñar a los niños ucranianos que eran "pequeños rusos" (un término imperial para los ucranianos, resucitado por Putin). Los libros de texto de historia rusa fueron importados a la zona de ocupación, una prioridad también hoy día para los ocupantes de la devastada Mariúpol.

No lo preví cuando escribí *La fortaleza*, pero de lo que estamos siendo testigos hoy en Ucrania es una repetición del

intento fallido del zar en 1914-15 de reclamar todas las tierras ucranias para Rusia. La misma ideología, la misma violencia... esta es una asignatura pendiente de la Primera Guerra Mundial. Es escalofriante y muy, muy deprimente.

Volviendo atrás en el tiempo, la ofensiva rusa de 1914-1915 también anticipó de algún modo las atrocidades que azotarían Europa del Este en las décadas posteriores, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial.

Eso también es cierto, y es uno de los argumentos clave que esgrimo en *La fortaleza*. No creo que sea posible comprender completamente el Holocausto de 1941-1945 sin saber que Europa del Este ya había padecido en 1914-1915 violencia a gran escala contra los judíos. Esto falta en tantos libros de historia... pero es increíblemente importante.

La Primera Guerra Mundial inició una época de violencia, sobre todo en Europa central y oriental. Con el inicio de las hostilidades, las normas y restricciones civilizadas desaparecieron, y la Rusia imperial en particular estaba preparada para aprovechar la oportunidad para desarrollar planes terriblemente modernos para la limpieza y reorganización étnicas. Ya hemos hablado sobre la ideología ultranacionalista que reclamaba el territorio alrededor y al este de Przemyśl como "tierras rusas primordiales". Las élites imperia-

Tropas germanas desfilan marcando el paso de la oca ante el ayuntamiento, 6 de junio de 1915. Son efectivos de la 11.ª División de Infantería bávara, que tuvo un papel central en la reconquista de Przemyśl. El 15 de septiembre de 1939, los alemanes regresaron y conquistaron de nuevo la ciudad, de una forma mucho más brutal.

les rusas también eran profundamente antisemitas. Juntas, estas perversas ideas desataron una violencia masiva y radicalizada contra los judíos en la Galitzia oriental. Como detallo en el libro, desde el mismo comienzo de la invasión, el Ejército ruso perpetró muchos pogromos contra la minoría judía de Galitzia, y la ocupación rusa en 1914-1915 fue testigo de más persecuciones, toma de rehenes, discriminación económica y brutalidad contra los judíos.

Aunque no puede hablarse de genocidio (ese paso final solo lo dieron los alemanes en la Segunda Guerra Mundial), la violencia rusa se convirtió en una limpieza étnica a gran escala. Después de la caída de Przemyśl en la primavera de 1915, el Ejército ruso purgó de judíos la ciudad y el distrito circundante: 17 000 desdichados civiles judíos fueron expulsados y enviados hacia el este. Retirar el velo sobre estas atrocidades de 1914-1915 muestra que el Holocausto posterior no fue un evento excepcional que surgió de la nada, sino más bien una escalada de la violencia, del antisemitismo y de los proyectos modernos de brutal reorganización étnica desatada por la Primera Guerra Mundial: 1914 es realmente el “año cero” de la tragedia europea del siglo XX.

Por último ¿Qué cree que debieron sentir los habitantes de Przemyśl cuando estalló la guerra en febrero de 2022? ¿Cree que el gran asedio de 1914-1915 dejó una huella aún presente en la psique colectiva de la ciudad?

Cuando estuve en la ciudad investigando para *La fortaleza*, hice algunos buenos amigos en Przemyśl, y he estado en contacto con algunos de ellos desde que comenzó la invasión de Putin. Aunque la sacudida se sintió en toda Europa en febrero de 2022, para los ciudadanos de Przemyśl, que se encuentra junto a la frontera con Ucrania, los sentimientos de conmoción y también de amenaza y agitación fueron mucho más concretos y urgentes. Desde los primeros días de la guerra, oleadas de refugiados que huían del Ejército ruso buscaron refugio en la ciudad, repitiendo inquietantemente escenas vistas en 1914.

Me conmueve profundamente, y es digno de admiración, cómo se comportaron los ciudadanos de Przemyśl en ese momento de crisis. Przemyśl es solo una ciudad pequeña, de unos 60 000 habitantes, que de repente se convirtió en la principal ruta de escape



a Europa para los ucranianos que huían de la guerra. La asombrosa cantidad de 1,2 millones de refugiados llegaron allí durante los primeros meses del conflicto. Los polacos y los ucranianos de la región tienen una historia tensa y sangrienta: ambos bandos cometieron terribles atrocidades y limpiezas en la década de 1940. Sin embargo, es alentador que cuando estalló la primera gran guerra de Europa desde 1945, nada de ese pasado importaba lo más mínimo. Los ciudadanos se movilizaban espontáneamente –amigos y conocidos que me ayudaron con mi libro estaban entre los

muchos que ayudaron en la estación de tren o en la frontera– y su inmensa generosidad jugó un papel importante para ayudar y albergar a estas multitudes de personas desesperadas.

Tal vez las corrientes más antiguas de la historia jugaron un papel en esta ola de humanidad; después de todo, los ucranianos y los polacos vivieron juntos en paz durante siglos en la Mancomunidad polaco-lituana y más tarde en el Imperio austrohúngaro. Creo que la gran fortaleza y el asedio de 1914-1915 todavía marcan la psique colectiva de Przemyśl. ¿Cómo podría no ser así? Las ruinas de las antiguas defensas rodean la ciudad y los edificios militares de los Habsburgo aún se destacan en el centro de la ciudad. Este es un lugar que ha visto la violencia rusa de primera mano, lleva las cicatrices de la guerra y entiende lo que está en juego en el conflicto que ahora se desata en el este.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Prólogo a esta edición.

Las tierras de sangre, 108 años después

Introducción

- 1 Un ejército roto
- 2 «Los Héroes»
- 3 El asalto
- 4 La barrera
- 5 Aislados
- 6 Inanición
- 7 Armagedón

Epílogo. *Hacia las tinieblas*

Apéndice I. *La organización
del Ejército Habsburgo en 1914*

Apéndice II. *La organización
del Ejército ruso en 1914*

Bibliografía

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

LAS TIERRAS DE SANGRE, 108 AÑOS DESPUÉS

La invasión rusa de Ucrania, en la madrugada del 24 de febrero de 2022, trajo al mundo el recuerdo inquietante del estallido de la Gran Guerra de 1914. Al igual que cien años antes, el peligro inminente de una conflagración había estado a la vista de todos. Un primer signo fue el incoherente ensayo pseudohistórico de Vladímir Putin del verano de 2021, cuyo amenazador título era «Sobre la Unidad histórica de rusos y ucranianos». Esto fue seguido por el despliegue invernal de 190 000 efectivos rusos, con su maquinaria militar y sus servicios de apoyo, a lo largo de las fronteras de Ucrania. En las semanas finales que precedieron a la embestida, las potencias occidentales, advertidas por sus agencias de inteligencia, evacuaron a toda prisa al personal de sus embajadas en Kyiv. Aun así, cuando, el 24 de febrero, los misiles rusos aullaron por los cielos de Ucrania y largas columnas militares cruzaron la frontera, el sentimiento de sorpresa, horror e incredulidad, igual que en el inicio de la Gran Guerra, fue palpable mucho más allá de la zona de conflicto. ¿Cómo puede ser, se preguntaba la gente, cómo puede haber una guerra en la Europa del siglo XXI, un continente rico, libre y en paz desde hace tanto tiempo?

En la ciudad polaca de Przemyśl, situada justo al otro lado de la frontera ucraniana, los ecos de 1914 fueron aún más fuertes. Como relata este libro, Przemyśl había sido en el pasado una ciudad-fortaleza encargada de la defensa del este del Imperio habsburgo. Al comienzo de la Gran Guerra, cuando el ejército del zar Nicolás II marchó hacia el oeste y parecía a punto de invadir la Europa central, fue a Przemyśl, adonde escaparon oleadas de refugiados en busca de un lugar seguro. En 2022, las escenas desesperadas de 108 años atrás volvieron a repetirse: trenes y más trenes abarrotados de mujeres y niños ucranianos entraban sin cesar en la bella estación habsburgo; huían de un nuevo ejército ruso. Przemyśl, como principal punto de entrada del territorio bajo la protección de la OTAN, volvió a ofrecer seguridad a las personas asustadas y exhaustas que la guerra había desplazado. En los primeros meses del conflicto, esta pequeña localidad de 60 000 habitantes acogió a más de 1,2 millones de refugiados. Un esfuerzo cívico espontáneo, de inmensa generosidad –en el que participaron algunos de los amigos y colegas citados en los agradecimientos del presente volumen– ofrecieron ayuda y alojamiento. Por primera vez desde 1914-1915, Przemyśl atrajo la atención global.

Cuando terminé este libro, en la primavera de 2019, la historia del sitio de Przemyśl me parecía un

episodio histórico de importancia, tanto por su impacto decisivo en la Primera Guerra Mundial como por ser el punto de partida, crucial pero olvidado, de los horrores que devastaron la región en la primera mitad del siglo XX. Hoy, la conflagración que arde al este de la ciudad ha puesto de relieve una relevancia contemporánea más urgente. Las ambiciones violentas de Vladímir Putin en Ucrania y la ideología que hay detrás de su negación de la nacionalidad ucraniana y la insistencia en que los ucranianos no son más que una rama subordinada del pueblo ruso, asientan sus raíces en el pasado imperial de Rusia. La pretensión del zar Nicolás II de crear una «Gran Rusia hasta los Cárpatos», anunciada en abril de 1915, durante el breve periodo en que su Ejército dominó sobre lo que en la actualidad sería Ucrania occidental, y la agresión del moderno Estado ruso, se basan en un mismo nacionalismo racial. La guerra de Putin no es solo un legado del derrumbamiento de la Unión Soviética, sino una repetición del fracasado intento del zar de anexionar todas las tierras en las que habitasen ucranianos.

Por ello, la historia del sitio de Przemyśl de 1914-1915 nos recuerda que la actual Guerra Ruso-Ucraniana, aunque emprendida por un solo hombre, Vladímir Putin, es también hija de las corrientes más negras de la historia rusa. Ciertos cálculos de poder político siguen en vigor: la observación del historiador Dominic Lieven de que el Estado zarista necesitaba al pueblo, a la agricultura y a la industria de Ucrania para ser una «gran potencia», continúa siendo válida para la Rusia moderna. La brutalidad de hoy es comparable a la de 1914-1915, pues está motivada por la misma ideología nacionalista, violenta y profundamente arraigada. Tanto los ejércitos del zar como los de Putin se han ensañado contra un pueblo que contradice la visión de sus líderes de una «tierra rusa primordial». Los judíos fueron las principales víctimas de 1914; apaleados, asesinados y, una vez se rindió Przemyśl, expulsados en su totalidad. Además, las fuerzas armadas zaristas emprendieron un asalto feroz, y perturbadoramente familiar, para eliminar la identidad ucraniana, con la purga de su *intelligentsia* y el cierre de instituciones culturales y educativas. Se quemaron libros en ucraniano y se importaron historias de Rusia para su uso en las escuelas ucranianas, lo cual también es una prioridad en la actualidad para los ocupantes de la Mariúpol devastada. La violencia extrema era, y sigue siendo, una herramienta autoritaria para la transformación de poblaciones. En 1914, las



CONQUISTADORES (1). El zar Nicolás II (izda.) devuelve el saludo del teniente general Serhij Delwig (dcha.) efímero comandante ruso de la fortaleza de Przemyśl, en las ruinas del Fuerte I/1, el 24 de abril de 1915. Sobre los dos se cierne el comandante supremo de los ejércitos del zar, el gran duque Nikolái Nikoláyevich.

personas explicaban con horror los crímenes rusos de Brody y Lwów; hoy, son célebres Bucha, Irpin e Izium.

La campaña del zar contra la Europa central, y el intento fracasado de su ejército, en el otoño de 1914, de someter con rapidez la fortaleza de Przemyśl, desembocó en una sangrienta contienda de desgaste que, en último término, destruyó su régimen. Pese a que la guerra actual se libra con armas muy diferentes, en lo militar no deja de haber llamativas continuidades. En 1914, el poderoso ejército zarista, veterano y con una década de modernización, debía ser una «apisonadora» que lo aplastara todo a su paso. Las fuerzas armadas de Putin también habían dispuesto de años de inversiones antes de la Guerra Ruso-Ucraniana y muchos las consideraban unas de las más formidables del mundo. A pesar de ello, ambos ejércitos no estuvieron a la altura de las expectativas. Aunque resulte sorprendente, las razones son similares: una persistente cultura de corrupción en el Estado y en el Ejército, altos mandos inflexibles incapaces de coordinar fuerzas dispersas, descuido institucional de la logística y las comunicaciones seguras, mala relación entre tropa y oficialidad y un cuerpo de suboficiales pequeño

y mal formado; todos estos factores contribuyen a degradar el poder combativo de Rusia. Un turbulento siglo, salpicado de revoluciones y regímenes de ideologías radicalmente opuestas separa a ambas fuerzas y, aun así, el viejo adagio francés sigue en vigor: «plus ça change, plus c'est la même chose».

Sin embargo, el futuro está abierto. La victoria inicial en las afueras de Kyiv y el inmenso valor y sacrificio de su pueblo en esta contienda terrible han asegurado la supervivencia de Ucrania como nación independiente. Los avances del ejército en Járkiv y Jersón han dado nuevo impulso a los esfuerzos por liberar el territorio bajo ocupación rusa. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial, y, en particular, el cruento asedio y la violencia extrema que se dio en las inmediaciones de Przemyśl en 1914-1915, nos recuerdan que la pugna actual va más allá de la vanidad de un autócrata. Las ambiciones de Rusia con respecto a Ucrania y su gente tienen una larga historia empapada de sangre. Frustrar para siempre tales designios y cerrar esta historia no será fácil. La guerra actual será muy encarnizada.

Alexander Watson
Noviembre de 2022

CAPÍTULO 1

UN EJÉRCITO ROTO

Lo que desfiló ante los ojos de la guarnición los días 13-14 de septiembre ya no era un contingente marcial, sino una muchedumbre asustada de hombres y caballos. La disciplina se había perdido, al igual que toda esperanza. En un intento de comprender el desastre, de encontrar una vara de medir con la que compararlo, el oficial optó por una analogía histórica: la mayor catástrofe militar de la era moderna. «Vi resurgir, encarnadas ante mis ojos, las escenas que retrataron la retirada de Napoleón de Rusia».⁷⁸

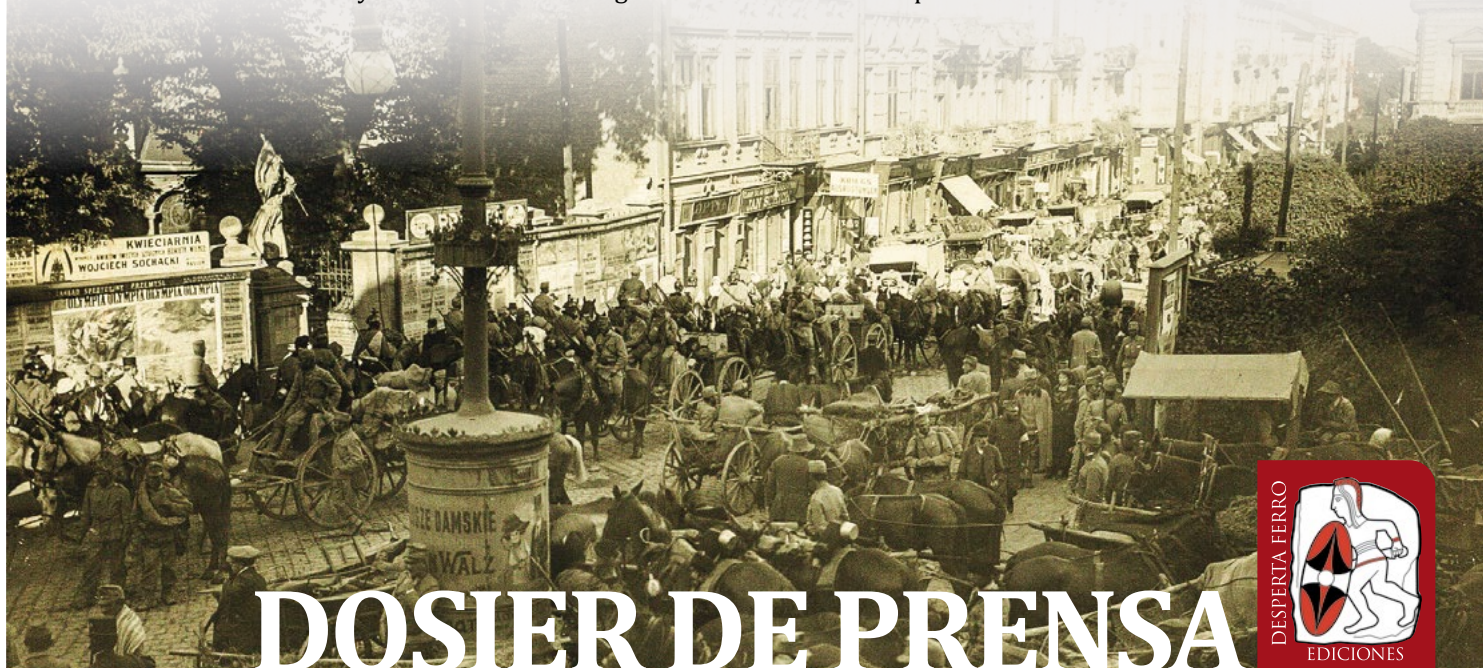
El ejército de campaña no se quedó en Przemyśl. La tarde del 14 de septiembre, mientras las tropas de Borojevič pasaban como podían junto a las posiciones exteriores de la ciudad, Conrad ya había decidido hacerlas retroceder otros 140 kilómetros, hasta los ríos Biała y Dunajec. En la seguridad de los muros de la fortaleza, se dio descanso y alimento a los soldados y el día 17 emprendieron de nuevo la marcha hacia el oeste. Hacia el noroeste, los rusos empezaban a presionar el flanco abierto del 1.º Ejército. Aunque progresaban con cautela, seguían la retirada de Galitzia oriental con efectivos abrumadores. Permanecer sobre el San suponía arriesgarse a ser cercados por un enemigo muy superior en número.⁷⁹

La campaña inicial de Conrad causó un daño irreparable al Ejército habsburgo. Si bien las pérdidas habían sido horrendas, los efectivos podían recuperarse; en esta etapa de la contienda, la carne de cañón no escaseaba. Sin embargo, era imposible reemplazar los oficiales del ejército de preguerra. Al finalizar el año, había causado baja casi la mitad y uno de cada quince yacía muerto en el campo de batalla.⁸⁰ Es más, el trauma de la derrota y la retirada dejó cicatrices psicológicas en el ejército. Años más tarde, según la historia oficial, el grito «¡que vienen los cosacos!» todavía po-

día causar pánico en algunas unidades.⁸¹ Esto mismo también era aplicable a su comandante. Para Conrad, la derrota de Galitzia oriental en el otoño de 1914 no solo fue una humillación profesional, sino también una tragedia personal. Su hijo Herbert, el menor de todos y su favorito, alférez del 15.º de Dragones, pereció el 8 de septiembre cerca de Rawa Ruska. Fue masacrado en uno de los asaltos inútiles, de ciega acometividad, que su padre consideraba la llave de la victoria.⁸²

A mediados de septiembre de 1914, la supervivencia del ejército y del imperio de los Habsburgo pendía de un hilo. Si Conrad podía llevar a sus tropas a la línea Biała-Dunajec, habría bastantes posibilidades de regenerar las fuerzas descompuestas. Sería posible traer reemplazos, municionar las unidades y dar descanso a los veteranos. Los alemanes, después de sus recientes victorias contra los contingentes zaristas en el norte, habían prometido enviar efectivos sobre Cracovia, lo cual permitiría una contraofensiva conjunta. Sin embargo, se necesitaba tiempo para que esto pudiera hacerse realidad. Debía ralentizarse el avance ruso de algún modo. La ciudad-fortaleza de Przemyśl, que controlaba las principales arterias logísticas que llevaban al oeste, se convirtió, de forma del todo repentina e inesperada, en el pivote en el que descansaba el destino de un imperio. Conrad nunca había tenido mucha fe en las fortificaciones estáticas, a las que consideraba torpes distracciones de la guerra de maniobra, la única que podía dar resultados decisivos. Sin embargo, ahora reforzó la guarnición, apretó los dientes y esperó que resistiera. El 16 de septiembre, mientras el ejército de operaciones se disponía a partir, el jefe del Estado Mayor impartió la orden n.º 2096: «La fortaleza Przemyśl, por el momento, se sostendrá por sus medios y deberá resistir a toda costa».⁸³

UN EJÉRCITO ROTO. Carros de suministros y soldados exhaustos del derrotado ejército de campaña Habsburgo abarrotan la calle Mickiewicz de Przemyśl durante la retirada general de mediados de septiembre de 1914.



CAPÍTULO 2

«LOS HÉROES»

Durante esas primeras semanas de preparativos frenéticos, la principal dificultad que experimentaron Kusmanek y sus ingenieros fue despejar el terreno situado delante de los fuertes. Había dos obstáculos: árboles y personas. Los bosques que rodeaban buena parte del perímetro protegían al enemigo de la observación y del fuego de los defensores. En las semanas cálidas y secas de agosto, hubiera sido muy fácil quemarlos, pero las unidades de trabajo no llegaron a la fortaleza hasta mediados de mes y, cuando lo hicieron, fueron asignadas a labores más urgentes. En septiembre, cuando la Dirección de Ingeniería de la Fortaleza dedicó al fin su atención a los bosques, la meteorología se había tornado lluviosa, con lo que se perdió la oportunidad. Hubo que enviar a la tropa a talar los árboles. Un sector de defensa tuvo que dedicar a esta labor una cuarta parte de su contingente de trabajo, con el consecuente descuido de otras tareas de construcción cruciales. Se talaron cerca de 1000 hectáreas de bosques, pero solo en el sur del perímetro, en torno al Fuerte IV «Optyń», se despejaron todos los árboles. Incluso allí, los tocones servían de cobertura al ataque de la infantería rusa.²⁶

Por el contrario, la expulsión de las personas que vivían delante del perímetro, al menos al principio, fue bastante rápida. El objetivo del Mando de la Fortaleza era despejar los campos de tiro, pero también retirar una posible amenaza para la seguridad, pues consideraba que las localidades rutenas de la zona simpatizaban con los rusos. No menos de catorce aldeas fueron voladas o quemadas. Otras catorce fueron arrasadas en la segunda mitad de septiembre en represalia contra sus habitantes por haber proporcionado, es probable que bajo coacción, servicios de transporte a los rusos.²⁷

Estas acciones fueron ejecutadas con una crueldad y un desprecio sobrecogedor hacia la población inocente. Las unidades húngaras se ganaron una siniestra reputación de brutalidad en estas operaciones. Los soldados de Galitzia, que, en algunos casos, estaban expulsando de sus hogares a parientes, estaban horrorizados, pero obedecieron.²⁸ A los aldeanos se les advertía con muy escaso tiempo, a menudo tan solo unas pocas horas. Los gendarmes llegaban y anunciaban que todas las casas debían evacuarse de inmediato. Las víctimas no tenían otra opción que cumplir lo que se les decía. Los jóvenes ya habían sido movilizados, por lo que solo quedaban mujeres, niños, enfermos y ancianos. Si se oponían, cosa que solían hacer, se llamaba al ejército. Los aldeanos, a punta de bayoneta, recogían lo que podían y se marchaban. Los carros de los granjeros, cargados hasta los topes con sus posesiones, llevaban a bebés y enfermos. Flanqueados por adultos sobrecargados, niños llorosos y ganado, los carros marchaban con tristeza hacia el oeste.²⁹

Después de expulsar y desposeer a esa gente, el imperio de los Habsburgo y su ejército no hicieron nada por ayudarla. Algunos lograron llegar a las grandes ciudades de Galitzia, en las que abordaron los trenes de evacuación y se unieron al torrente de 600 000 personas desplazadas al interior. Muchos pasaron los años siguientes en campos de refugiados de endeble construcción, en los que, en invierno, las epidemias liquidaron hasta un tercio de los internos.³⁰ Sin embargo, para consternación del Mando de la Fortaleza, no todos se marcharon. Centenares de familias, rechazadas por comunidades cercanas que ya tenían suficientes problemas como para acoger a refugiados en la miseria, volvieron a sus casas en ruinas. Dado que las tropas del perímetro defensivo les impedían refugiarse

en Przemyśl, estos infortunados tuvieron que sufrir un purgatorio entre el ejército sitiador y la fortaleza. Desesperados, conocedores de la topografía local y, en algunos casos, de la situación de los campos de minas gracias a oficiales de espíritu humanitario, se convirtieron en lo que más temía el Mando de la Fortaleza: un riesgo preocupante para la seguridad.³¹

ATROCIDADES (1). Sospechosos de «rusofilia» bajo arresto en Przemyśl. En los primeros días de la guerra, fueron detenidas en Galitzia más de 4000 personas acusadas de simpatizar con los rusos o de traición, a menudo con pruebas endebles o inexistentes.



CAPÍTULO 3

EL ASALTO

Lo más decisivo fue que la resistencia de la fortaleza había ganado tiempo. La necesidad de rodear y cercar la fortaleza había provocado un retraso significativo al avance de los Tercer y Octavo ejércitos rusos en la segunda mitad de septiembre, lo cual alivió la presión sobre las maltrechas formaciones de los Habsburgo. El ejército de sitio de Shcherbachiov, una vez reforzado con divisiones de asalto y artillería, comprendía más de 100 000 efectivos que, de otro modo, habrían seguido marchando hacia el oeste. Es más, la fortaleza había supuesto una amenaza constante y activa contra la retaguardia del Ejército ruso y le había negado el control de todas las arterias principales de transporte. Sin el control del vital ferrocarril este-oeste que pasaba por Przemyśl, las ambiciones ofensivas rusas quedaron frustradas. El ejército de operaciones de los Habsburgo aprovechó este respiro para descansar, reconstituirse y esperar la asistencia de su aliado germano.¹⁰⁴ La recuperación estaba lejos de ser completa, pero resultó suficiente como para que los efectivos pudieran retomar la ofensiva. Según los testimonios de la llegada de las unidades de campaña a Przemyśl a mediados de octubre, quedaron sorprendidos por la falta de oficiales. Los tenientes, que antes estaban a cargo de secciones de 60 hombres, ahora comandaban batallones de 1000 efectivos.¹⁰⁵

La firmeza de la guarnición también proporcionó a la maquinaria bélica habsburgo una victoria propagandística de valor incalculable. Aunque el coraje no escaseaba en los diarios austríacos de 1914, los lectores estaban ávidos de verdaderos triunfos. Przemyśl demostró al fin que la apisonadora rusa podía ser detenida. Brusílov había sufrido un revés humillante y fue censurado por la *Stavka*. Los defensores fueron enaltecidos: eran «los

héroes de Przemyśl». Los periodistas loaron con entusiasmo a esos «hombres sencillos [...] reclamados de la vida civil para cumplir su deber de soldados», los cuales, con «devoción», «coraje» y «decisión» habían «logrado un triunfo tan glorioso y evitado un peligro tan grave».¹⁰⁶ Los primeros reportes, sedientos de sangre, afirmaron que la guarnición habría infligido más de 40 000 bajas. Más tarde, se habló de 70 000. En realidad, el ejército sitiador había despilfarrado 100 000 hombres, de los cuales un tercio había muerto. La punta de lanza del ataque, la 19.ª División, perdió una cuarta parte de los efectivos, unos 44 oficiales y 2975 soldados.¹⁰⁷

Para los «héroes» de la fortaleza el coste mortal de la victoria había sido muy liviano. Gracias a la efectiva protección de los fuertes y de las trincheras techadas, la guarnición solo encajó 1885 bajas, de las cuales 313 fueron muertos y 290 desaparecidos.¹⁰⁸ Aun así, estos soldados de mediana edad sintieron de forma muy profunda el impacto de esta confrontación brutal. En el 2.º Batallón del Regimiento de Infantería Landsturm n.º 10, 150 hombres, alrededor de un cuarto de los efectivos del batallón, enfermó a consecuencia de la batalla.¹⁰⁹ Los oficiales también parecían haber quedado aturridos por la matanza. Vagaban por el campo de batalla abandonado como en una pesadilla, atormentados por la visión de centenares de cadáveres hinchados, agazapados en los pozos de tirador y colgados de las alambradas: «Nunca podré olvidar esa estampa».¹¹⁰ Sin embargo, lo que habían presenciado no era más que una sombra de los horrores que pronto se abatieron sobre la Europa centrooriental. Estaba llegando un nuevo tipo de guerra total, caracterizada por la ideología radical.

ATROCIDADES (2). A primeros de septiembre de 1914, un cerco de llamas envolvió Przemyśl, debido a que la guarnición se dedicó a incendiar de forma implacable las aldeas que obstaculizaban los campos de tiro de los fuertes. Esta aldea, Zurawica, se hallaba en el interior del perímetro defensivo de Przemyśl. Aunque fue destruida en junio de 1915, las estampas y los olores debieron de ser similares a los de diez meses antes.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 4

LA BARRERA

El impulso totalizador de la guerra pronto volvió a hacerse sentir. En enero de 1915, el mando militar zarista ordenó la deportación en masa de los judíos. Ya había un precedente de esta acción. En el otoño e invierno de 1914, con el pretexto de la seguridad, el mando ruso empleó sus poderes especiales en caso de guerra para enviar al exilio a centenares de miles de súbditos enemigos y de alemanes étnicos residentes en las fronteras occidentales de Rusia.⁴⁴ En Galitzia, sin embargo, esta escalada se debió a una espiral combinada de represalias brutales y de fantasías raciales de traición de los dos imperios en conflicto, el Habsburgo y el Románov. La feroz represión del Ejército habsburgo contra los rusófilos, reales e imaginarios, horrorizó a los comandantes zaristas. Aunque no conocían su alcance (su cálculo de 10 000 rutenos internados era más o menos correcto, pero su estimación de ejecutados, 1500, muy inferior a la real), sabían que había sido generalizado y creían que la población semita local había desempeñado un papel decisivo. Yanushkevich se quejó con amargura de que «cualquier reajuste de nuestras líneas que ocasione una retirada temporal [...] va seguida de medidas brutales de nuestro adversario contra la porción de la población que simpatiza con nosotros, que es denunciada por los judíos a los germanos [austriacos]».⁴⁵

La solución del gran duque Nikolái fue la siguiente. Según explicó su jefe de Estado Mayor General, «para prevenir las atrocidades contra la población que nos es leal [...] y para [proteger] a nuestras fuerzas del espionaje, que los judíos realizan a todo lo largo del frente [...] obligaremos a estos a seguir al enemigo en retirada».⁴⁶ Esta orden encajaba sin fisuras con la determinación del alto mando de limpiar la Galitzia multiétnica y convertirla en una tierra rusa. No obstante, apenas era practicable para las unidades de primera línea. Todo intento de expulsar muchedumbres de civiles aterrorizados por las áreas de retaguardia, a través de las trincheras o campos de batalla, solo podía provocar el caos. Para muchas unidades fue mucho más simple enviar a los judíos al este. En consecuencia, en marzo había en Galitzia oriental más de 10 000 personas desplazadas. Uno de los grupos deportados a primeros de marzo fue la población hebrea de la localidad de Mościska, al este de Przemyśl. Frustrados por la prolongada resistencia del fuerte, los rusos acusaron a estos judíos de espionaje y les achacaron su fracaso contra el bastión habsburgo. El operativo de expulsión fue despiadado y total. Toda la comunidad, escoltada por los cosacos, marchó 35 kilómetros hasta Gródek; algunos infortunados tuvieron que caminar el

doble, hasta Lwów. Entre los expulsados había inválidos, ancianos y madres que acababan de parir; todos agentes enemigos peligrosos a causa de su fe.⁴⁷

Las expulsiones hacia el este provocaron un severo desorden en el Ejército ruso, imprevisto, pero del todo predecible. El gobernador general Bobrinski, contrario a la pretensión de Yanushkevich de trasladar a los hebreos, tuvo que enfrentarse a una crisis humanitaria. Desesperado, contactó con los gobernadores de las provincias rusas para organizar el traslado de los judíos desplazados. Fue entonces cuando el Consejo de Ministros tuvo noticias, por primera vez, de la orden de deportación de Yanushkevich. El consejo prohibió de forma categórica la entrada en el imperio de los judíos de Galitzia, con la salvedad de los rehenes.⁴⁸ Esto hizo que el Ejército redoblase los esfuerzos para expulsar a los hebreos hacia las líneas enemigas. En abril de 1915, el general Radko Dimitriev, jefe del Tercer Ejército, remitió a sus soldados una orden en la que les explicaba el motivo con toda franqueza: «En vista del hecho de que en Rusia ya tenemos demasiados judíos, no se tolerará un nuevo influjo de esa gente y, aún peor, de Galitzia. Por ello, el ilustre comandante supremo ha ordenado que cuando nuestras fuerzas ocupen nuevos territorios, todos los judíos sean reunidos y expulsados hacia el frente, hacia las tropas enemigas».⁴⁹

En el momento en que finalizó la ocupación, en el verano de 1915, cuando el Ejército ruso fue derrotado por las fuerzas alemanas y de los Habsburgo, 50 000 judíos habían sido expulsados de Galitzia y enviados al imperio zarista. Una cifra similar estaba concentrada en la provincia, a menudo después de que los intentos de expulsarlos al otro lado del frente fracasaran.⁵⁰ Las acciones y aspiraciones rusas en Galitzia eran profundamente turbadoras y no solo para los aterrados ciudadanos que los observaban desde el interior de los muros de la fortaleza, inquietos por su futuro inmediato. Aunque el Ejército zarista carecía de la dirección estatal necesaria para un genocidio, y las divisiones entre los mandos generaron unas políticas caóticas, su ocupación fue la precursora de futuros proyectos totalitarios. La visión de una tierra «rusa» en Galitzia era, aunque menos sangrienta, tan utópica como los designios raciales y de clase de los futuros invasores alemanes y soviéticos. La ambición de perpetrar el exterminio cultural del pueblo ucraniano, su violento antisemitismo y la deportación de comunidades enteras hundía sus raíces en el siglo XIX, pero anunciaba el implacable XX. El pensamiento paranoide y racista que dominó el frente oriental desde 1914-1915 tuvo una importancia trascendental.

CAPÍTULO 6 INANICIÓN



LA VIDA BAJO ASEDIO (3). Una de las siete cocinas populares organizadas para alimentar a los ciudadanos de Przemyśl durante el asedio. Una dama de la alta sociedad, tocada con un elegante sombrero, empuña el cucharón con gesto autoritario; las monjas católicas tuvieron un rol importante en estas iniciativas caritativas. Los niños embozados que agarran bolsas y receptáculos vacíos dar testimonio de la dura meteorología y de las miserias de la ciudad en el invierno de 1914 a 1915.

El sacrificio de los caballos fue la prueba más palpable, tanto para militares como civiles, del gran aprieto en que se hallaba la fortaleza. De las 21 000 monturas de la fortaleza, entre Navidad y Año Nuevo fueron sacrificadas unas 10 000 y 3500 más hacia mediados de enero de 1915. Tal matanza fue causada por una preocupante noticia llegada de la Sección de Intendencia. Una mente lúcida de la sección, después de revisar los inventarios y comprobar los efectivos de la guarnición, calculó que, al ritmo de consumo actual, los víveres de la fortaleza se agotarían hacia el 15 de enero. Matar a las monturas liberaría una cantidad importante de avena que podía asignarse a consumo humano, además de disponer de una nueva fuente de alimento para la guarnición. De repente, el caballo se convirtió en la base de la dieta de los soldados. Su pan contenía harina de huesos y carne desecada de equino, untado de paté de hígado del mismo origen. Sus embutidos estaban elaborados con intestino de equino rellenos de asaduras de caballo. Dado que la única grasa disponible para cocinar era de este animal, el pequeño porcentaje de víveres que no eran de equino también tenía gusto a caballo. Los rusos pronto se enteraron de la nueva dieta del enemigo. Al otro lado de la tierra de nadie, los soldados austriacos oían a los rusos imitar el relinchar y piafar de los caballos.²

Con la llegada del Año Nuevo, todo el mundo en la fortaleza estaba obsesionado por la comida. Para el Mando, la gran pregunta, que había tardado bastante en

plantearse, era cómo estirar todo lo posible las escasas provisiones. El AOK estaba planeando una nueva ofensiva de socorro desde el otro lado de los Cárpatos, pero solo Dios sabía cuándo empezaría y si tendría éxito. Después de que la Sección de Intendencia hiciera sonar la alarma a mediados de diciembre, el comandante de la fortaleza, Kusmanek, formó una comisión para revisar a fondo las reservas disponibles. La comisión, con cierto optimismo, reportó que, con el sacrificio de 14 000 caballos y otras medidas de ahorro, la guarnición de Przemyśl y su desamparada población civil podrían ser alimentadas hasta el 18 de febrero. Ahora, la tarea más urgente del Estado Mayor era dar con formas imaginativas de retrasar la fecha en que depósitos y almacenes quedasen vacíos y la fortaleza cayera sin remedio.³

La guarnición sintió el cambio de inmediato. Además de la repentina omnipresencia del equino en su dieta, a partir del 8 de enero, las raciones de la tropa fueron reducidas de forma reiterada. La ración estándar de cada hombre era 700 gramos de pan, 300 de ternera y 200 de verduras. Hacia finales de febrero, esta se había reducido a 300 gramos de pan suplementados con 50 gramos de bizcocho de mar; una lata de paté de caballo y 70 de verduras.⁴ Para empeorar aún más las tribulaciones de los soldados, ahora el servicio requería mayor esfuerzo físico. El sacrificio y enlatado de la mayor parte de la cabaña equina de Przemyśl provocó una grave falta de animales de tiro.

CAPÍTULO 7

ARMAGEDÓN

Kusmanek se dispuso para el fin. El día 20 convocó a los comandantes de unidades al cuartel general de la fortaleza para que presentaran sus reportes finales acerca de la condición de sus hombres. «Rotos física y moralmente». Así fue como describió el general Kaltnecker a su 93.^a Brigada de Landsturm. La mayoría de los otros treinta oficiales presentes se expresó en los mismos términos desoladores. El informe del coronel Kraliček del Regimiento de Infantería Landsturm n.º 18, recién llegado de la operación de ruptura, sirve de ejemplo representativo de todos los demás:

Los hombres están rotos, física y psicológicamente, y hacen oídos sordos a todo intento de animarlos o dirigirlos. Un máximo de 500 hombres del regimiento conserva la fuerza moral necesaria para la defensa, bajo cubiertas antimetralla, contra un ataque enemigo. Todos los demás, por el momento, solo servirán para propagar el pánico.

El cuerpo de oficiales también sufre un agotamiento físico absoluto. En particular, la tensión constante ocasionada por la guerra de fortalezas, que se ha prolongado por espacio de ocho meses, ha ocasionado en todos los oficiales insomnio y fatiga nerviosa avanzada.²⁸

Al día siguiente, 21 de marzo, tuvo lugar una reunión mucho más reducida, pero no menos sombría. Estaban convocados los seis miembros del Consejo de Defensa de la Fortaleza. Kusmanek, su jefe de Estado Mayor; el teniente coronel Ottokar Hubert; sus comandantes de artillería e ingenieros, los coroneles Camil y Schwalb; y los dos oficiales de mayor rango de la guarnición, los generales Tamásy y Waitzendorfer, tomaron la decisión de rendir la fortaleza. Tamásy era reacio. Tanto él como los demás oficiales magiares estaban a favor de una última resistencia suicida. Pretendían llevar los combates desde los fuertes y las líneas de intervalo al corazón de la misma

ciudad, si tal cosa podía servir para evitar la invasión rusa de Hungría. Kusmanek, escarmentado por la debacle del día 19, rechazó las fantasías románticas de inmolación de su subordinado.²⁹

Las minutas de esta última reunión transmiten la situación desesperada de la fortaleza.³⁰ La capitulación era inevitable e inminente y por dos motivos. Primero, porque los efectivos, después de meses de combatir sin cesar al enemigo con uniformes desgastados, malos alojamientos y desnutrición severa, estaban acabados. Este debilitamiento se había acelerado a partir del 19, cuando primero la operación de ruptura y luego el asalto del adversario contra el perímetro quebró las mejores unidades restantes y consumió la escasa energía que les quedaba a los defensores. A juicio de los altos mandos de la fortaleza, la guarnición se hallaba en una condición física tan pobre y estaba tan desmoralizada que no podría resistir el asalto final ruso más allá de una última noche.

El segundo factor que hacía necesaria la capitulación inmediata era, por descontado, la comida. En los almacenes de Przemyśl solo quedaban, por cabeza, siete porciones de carne de caballo enlatada y cuatro de bizcocho de mar. Si bien estas exiguas reservas podrían mantener con vida a los soldados hasta el 24 de marzo, Kusmanek y su consejo calcularon que debían reservar dos días de raciones para que, una vez hechos prisioneros, la guarnición tuviera algo que comer. Sin esta reserva, existía un riesgo real de que los hombres perecieran de inanición antes de poder llegar a los depósitos de víveres rusos más cercanos, situados en Jarosław, Mościska y Dobromil.

Por ambas razones, Kusmanek y el Consejo de Defensa determinaron que el último día de la fortaleza sería el 22 de marzo de 1915, en el sentido más literal de la palabra. Ese día, Przemyśl se rendiría al Ejército ruso. Aunque no caería con un quejido, sino con un estallido. En un acto final de *Götterdämmerung*, destruirían cualquier elemento de utilidad militar. Fuertes, depósitos, incluso los puentes de la ciudad serían volados. El bastión defensivo de los Habsburgo iba a ser borrado de la faz de la tierra. Los rusos harían su entrada en un montón de ruinas.

ARMAGEDÓN (1). «Una visión magnífica y terrorífica a la vez. Como si fueran volcanes en activo, columnas de fuego rojo estallaron en torno a Przemyśl, proyectando enormes piedras y restos y expulsando monstruosas nubes de humo negro» (Józefa Prochazka, residente de la ciudad y testigo). La guarnición empezó la destrucción de la fortaleza a las 6 de la mañana del 22 de marzo de 1915. Todos los fuertes, pañoles de pólvora y puentes de la ciudad fueron volados.



EPÍLOGO

HACIA LAS TINIEBLAS

Las ocupaciones de 1915 y de 1939 no fueron acometidas por las mismas unidades, ni tampoco existe evidencia de que las medidas del Ejército ruso inspirasen las políticas nazis. Esta similitud se explica mejor por su común percepción imperialista de la Galitzia multiétnica como tierra de experimentación y transformación, por su mutuo y extremo antisemitismo y por una implacable visión nacionalista y militarista, elementos que ya estaban presentes al inicio de la Primera Guerra Mundial.⁹⁶

La política nazi hacia los judíos no se tornó genocida hasta la segunda mitad de 1941.⁹⁷ En julio de 1941, los judíos de Przemyśl fueron expulsados de sus casas y concentrados en el distrito de Garbarze, situado detrás de la estación de tren. Fueron hacinados 22 000 infortunados en unas pocas calles. El «consejo judío» dirigía el distrito según las directrices de los ocupantes; los habitantes llevaban una vida de crueldad, trabajos forzados, miseria, enfermedad y hambre. En la primavera de 1942, los hombres de la Gestapo ejecutaron a numerosas personas en el histórico cementerio judío de la ciudad, al sur. Al cabo de un año, el 16 de julio de 1942, el distrito fue convertido en un gueto sellado. Menos de dos semanas más tarde, se anunció el «reasentamiento de los judíos a trabajos forzados», eufemismo del exterminio. Entre julio y agosto y en noviembre de 1942 se llevaron a cabo dos operaciones de limpieza; la mayoría de judíos de Przemyśl fue transportada 100 kilómetros al nordeste, al centro de exterminio de Belzecz, en el cual, durante su año de existencia, pereció gaseado un total de 434 508 judíos.⁹⁸ En septiembre de 1943, los últimos judíos de la ciudad de Przemyśl, apenas 5000, fueron enviados casi todos, hombres, mujeres y niños, a Auschwitz-Birkenau. Los últimos 1580 que escaparon al transporte fueron fusilados en el mismo gueto. En junio de 1942, los 66 judíos que habían permanecido desde 1939 en Zasanie fueron llevados al Fuerte VIII «Łętownia», donde los nazis habían establecido un centro de ejecuciones. Fue aquí, en el primer fuerte construido en el perímetro de la fortaleza habsburgo, donde los asesinaron. Es un pequeño episodio que entrelaza la historia de

la fortaleza con la destrucción de la Europa centrooriental a mediados del siglo XX.⁹⁹

Para alguien que pasee hoy por Przemyśl, el viejo mundo de 1914, el mundo más seguro anterior al inicio del derramamiento de sangre, parece todavía al alcance de la mano. La dieciochesca torre del reloj, desde donde pueden contemplarse panorámicas de la ciudad y del este, sigue en pie. Uno puede, al recorrer la calle Mickiewicz, pasar junto a los magníficos edificios militares habsburgo, o perderse por el casco antiguo y visitar las antiguas iglesias. Sin embargo, el barrio judío y la vieja sinagoga han desaparecido. La catedral greco-católica, en la que al zar Nicolás II nunca se le permitió asistir a una misa ortodoxa, ha sido despojada de su cúpula oriental y sirve como iglesia católica. También la población ha cambiado mucho. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, apenas quedaban en la ciudad 28 144 habitantes, la mitad de la población de 1939. Solo habían sobrevivido 415 judíos. Los ucranianos desaparecieron poco después. El Gobierno comunista polaco decidió expulsar a los ucranianos. Les motivaba la terrible violencia perpetrada contra los polacos por los paramilitares ucranianos en fechas recientes y la idea de hacer una Polonia étnicamente homogénea. Unos 15 000 polacos desplazados de territorios tomados por la URSS acudieron a Przemyśl a reemplazar a sus ciudadanos asesinados y deportados y crear de este modo una ciudad polaca pura.¹⁰⁰

Los restos del antiguo perímetro fortificado de las afueras de la ciudad nos recuerdan el conflicto que embarcó a la Europa centrooriental en este ciclo de horror. Aquí, en 1914, se libró la primera de las feroces luchas del siglo XX por la región, en la que combatieron hombres de todo el continente. Los tabús se rompieron; se desencadenó un nuevo tipo de barbarie. Estos restos militares constituyen un poderoso testimonio de la fragilidad de la civilización, cuyos habitantes nunca podrían haber imaginado que finalizaría de un modo tan repentino o tan terrible. Estas ruinas deberían ser un digno memorial de todo lo que vino después.



DOSIER DE PRENSA

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

